

MEDITACIÓN SOBRE POLÍTICA Y DEMOCRACIA*

BERNARD CRICK **

RESUMEN

Este artículo busca reivindicar, mediante la afirmación la primacía tanto histórica como lógica de la “política” misma frente al término “democracia”, la necesidad de conservar la tradición política, entendida como la actividad de resolver disputas y determinar políticas por medio del debate público entre ciudadanos, pues esta es la última esperanza para el mundo posterior al fin de la guerra fría de hacer frente a una serie de problemas económicos, políticos y sociales, de nuevas ideologías y conflictos, que amenazan inminentemente con destruir la civilización tal y como la conocemos. La preservación de la acción política exige unir el pensamiento y la acción, recuperar el pensamiento político coherente, la argumentación, la especulación pública abierta, razonable e inteligente, no sólo en los espacios académicos, sino interior de las mismas sociedades.

* Aparecerá próximamente en una obra de recopilación de ensayos, bajo el título *Political Essays*, Continuum, London, 2001. Traducción: Angela Calvo de Saavedra, Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.

** Birkbeck College, Universidad de Londres, Inglaterra.

MEDITATION ON POLITICS AND DEMOCRACY*

BERNARD CRICK **

ABSTRACT

This paper aims to vindicate, by means of affirmation of the priority both logic and historical of «politics» it self against the term «democracy», also of the need to preserve political tradition, understood as the activity of dispute resolving and stating of policies by means of public debate among citizens, because this is the last hope for the post-cold-war-end's world to face a series of economic, political and social problems, new ideologies and conflicts that threat to destroy civilisation as we know it. The preservation of political action demands merging thought and action, the recovery of coherent political thought, argumentation, open public speculation reasonable and intelligent not only in academic spaces but within societies them selves.

* Aparecerá próximamente en una obra de recopilación de ensayos, bajo el título *Political Essays*, Continuum, London, 2001. Traducción: Angela Calvo de Saavedra, Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.

** Birkbeck College, Universidad de Londres, Inglaterra.

QUIERO DEFENDER EL concepto de política en contra de los cínicos, los desilusionados, y aquellos que practican la política pero de hecho la degradan o la traicionan. Inicialmente, debo explicar por qué encuentro dificultades con el término (mejor acogido) de ‘democracia’; explicar por qué no todos los regímenes democráticos actúan políticamente y algo más obvio, por qué no toda política es democrática.

Democracia es una palabra a la vez sagrada y promiscua. Todos la queremos pero es difícil definirla. Todos la reclaman pero nadie la posee plenamente. A continuación recordaremos por qué.

Históricamente se han dado cuatro usos del término en sentido amplio. El primero se encuentra en los griegos, en el ataque de Platón a ella, y en la muy limitada defensa realizada por Aristóteles. En Grecia, democracia es simplemente *demos* (multitud) y *cracia*, (gobierno). Platón la atacó por considerarla el dominio de los pobres e ignorantes sobre los educados y los cultos, idealmente, los filósofos. La distinción fundamental que estableció fue entre conocimiento y opinión: la democracia es el gobierno o mejor, la anarquía de la mera opinión. Aristóteles modifica esta visión más que rechazarla por completo: el buen gobierno es una mezcla de elementos, el gobierno de unos pocos con el consentimiento de la mayoría. Los pocos han de poseer la ‘*aristoi*’ o principio de la excelencia, de donde deriva el concepto ideal de *aristocracia*. Pero son muchos más los que pueden calificar para la ciudadanía, en virtud de la educación y la posesión de alguna propiedad (ambas a su juicio eran condiciones necesarias para la ciudadanía), y así, pueden ser consultados y, ciertamente, en ocasiones, ser promovidos al ejercicio político. Él no denominó democracia a su ‘mejor’ estado posible sino más bien *politeia*, o sistema de gobierno, una comunidad política de ciudadanos que deciden acerca de la acción conjunta mediante el debate público. Pero, la democracia podría ser la segunda mejor opción en la práctica, si observara la alternancia entre gobernar y ser gobernado. Como principio no contrastado con la experiencia ni con el conocimiento aristocrático, sin embargo, la democracia continuó siendo una falacia: ‘porque los hombres son iguales en algunos aspectos, son iguales en todos’.

El segundo uso se encuentra en los romanos, en los grandes *Discursos* de Maquiavelo, en las repúblicas holandesa e inglesa del siglo XVII y en la naciente república americana: el buen gobierno es un gobierno mixto, tal como en la teoría aristotélica, pero en él, el elemento democrático o popular puede realmente acrecentar el poder del estado. Buenas leyes, que protejan a todos, no son suficientemente buenas a menos que los sujetos se conviertan en ciudadanos activos que las elaboren de manera colectiva. El argumento era tanto moral como militar. El argumento moral es el más famoso: el paganismo romano y el protestantismo ulterior, compartían una visión del hombre como un individuo activo, un constructor y forjador de las cosas, no simplemente un observador de la ley, bien comportado, que acepta o se somete a un gobierno o a un orden religioso tradicional.

El tercer uso lo encontramos en la retórica y los acontecimientos de la Revolución Francesa, así como en los escritos de Juan Jacobo Rousseau que todos, sin importar su educación o propiedad, tienen derecho a que su voluntad se haga sentir en las cuestiones de estado; en realidad la voluntad general o bien común es mejor entendido por cualquier persona bien intencionada, simple, desinteresada, desde su propia experiencia y conciencia, que por aquellos ilustrados (*over-educated*) que viven en medio de la artificialidad de la alta sociedad. Ahora bien, este parecer puede estar relacionado con la liberación de una clase o de una nación, de la opresión, de la ignorancia o de la superstición, pero no está necesariamente conectado con la libertad individual. 'El pueblo' (populismo) puede ser muy intolerante. (En los siglos XVII y XVIII europeos, recuerden, la mayoría de quienes se preocupaban por la libertad no se llamaban a sí mismos demócratas, –más bien constitucionalistas o republicanos cívicos, o en el discurso angloamericano *Whigs*, o en latinoamérica 'constitucionalistas'– ni creían que todos deberían ejercer el sufragio (*franchise*)). La voluntad general de Rousseau puede estar más relacionada con la popularidad que con instituciones representativas. Napoleón fue un genuino heredero de la Revolución Francesa cuando afirmó que "la política del futuro será el arte de conmover a las masas", postura no muy disímil a la de Simón Bolívar. Su popularidad fue tal, jugando a la vez en la retórica revolucionaria y nacionalista, que fue capaz de introducir por primera vez el reclutamiento masivo, de confiarle

las armas a la gente del común. Los autocráticos Habsburgo y Romanov tuvieron que ser mucho más cuidadosos en lo referente a con quiénes y dónde aplicar la conscripción selectiva.

El cuarto uso del término democracia aparece en la constitución americana y en muchas de las nuevas constituciones europeas y latinoamericanas durante el siglo XIX; asimismo, en la nueva constitución de Alemania Occidental y del Japón, tras la Segunda Guerra Mundial y en los escritos de John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville: todos pueden y deben respetar los iguales derechos de sus conciudadanos en el marco de un orden legal que regule, defina, proteja y limite tales derechos.

El significado ordinario de ‘democracia’ actualmente, en regímenes basados en el gobierno representativo es, idealmente, la fusión (con bastante frecuencia la confusión) de la idea de poder del pueblo y la idea de derechos individuales legalmente garantizados. Las dos ideas deben ciertamente combinarse, pero son dos ideas distintas, que, en la práctica pueden estar en tensión e incluso en conflicto. Pueden darse, y de hecho se han dado, democracias intolerantes y autocracias razonablemente tolerantes. Personalmente, no encuentro útil llamar ‘democrático’ al sistema de gobierno bajo el cual vivo. Hacerlo es eludir el problema. Puede cerrar la discusión en torno a cómo el sistema actual puede hacerse más democrático o, como otros han temido –y algunos continúan temiendo– que el elemento democrático pueda hacerse demasiado poderoso. En términos sociológicos y sociales, Inglaterra es una sociedad profundamente antidemocrática en muchos sentidos (Escocia y Gales algo más democráticas) cuando se compara con los Estados Unidos.

Aún en los Estados Unidos, actualmente y en general, existe poca ciudadanía o participación política positiva al estilo republicano de la temprana República Americana. Hay algunos experimentos interesantes, pero muy locales, etc. y, por supuesto, la gente vota (aunque en número siempre decepcionante) en las elecciones formales, mas la discusión electoral y la participación activa en política ocupa un lugar muy secundario en el conjunto de las actividades a las que

la gente dedica su tiempo, si lo comparamos con el trabajo y las compras.¹

Al considerar la naturaleza y los problemas actuales de la democracia, quisiera sugerir que aquello de lo que usualmente pretendemos hablar es algo previo a las definiciones, ideales o empíricas, de democracia: de la política misma. Los políticos están demasiado ocupados y preocupados –en la perspectiva amplia de la historia de la humanidad– por las ventajas y acciones a corto plazo, por ganar las próximas elecciones, de manera que otros tienen que especular y pensar por ellos a largo plazo acerca de la humanidad civilizada. El pensamiento y la acción deben ir de la mano, no solo para preservar la tradición política sino también, dado el carácter apremiante de las necesidades, si esta tradición ha de ser ampliada. *Por tradición política entiendo simplemente la actividad de resolver las disputas y determinar políticas políticamente, es decir, por medio del debate público entre ciudadanos libres.* Aunque esta actividad es una de las más importantes y celebradas invenciones de la civilización humana, es actualmente dada por supuesta –e incluso mirada por las acciones de algunos políticos democráticos– como algo degradado; además, los líderes de partido en los sistemas autocráticos, o en los estados unipartidistas, la perciben como una actividad peligrosa en sus seguidores. En muchos países, cualquier oposición a las políticas o a los líderes, es representada como oposición al estado mismo. La aplicación beneficiosa de la política no es universal ni universalmente entendida; aún si es entendida, no siempre es deseada o tolerada.

La tradición política podría ser la mejor esperanza para el mundo, quizás la última, cuando advertimos que los problemas a largo plazo han venido acumulándose y pueden destruir (la frase no tiene significado real) la civilización tal como la conocemos. Si las soluciones políticas o más bien los compromisos políticos (si es el caso) no se encuentran, las luchas entre los bloques de poder serán cada vez más fuertes, despiadadas y competitivas, en un mundo en el cual crecen las demandas, y disminuyen los recursos para mantener el nivel de vida de al menos la mayoría votante de sus partidarios. Y resulta casi fatuo recordar que el mal uso de la tecnología científica e industrial pone al alcance de la mano oportunidades únicas de mutua destrucción (aparte del lento pero seguro despojo de los recursos y del entorno natural que

1. Seymour Martin Lipset no lo dice tan claramente en su reciente encuesta *American Exceptionalism: a Double-Edged Sword*, W.W. Norton, New York & London, 1996, pero las gráficas y las encuestas sobre actitudes que reporta, llevan a esta conclusión.

nos sostiene). Las dos guerras mundiales del siglo XX deberían ser una demostración perfectamente adecuada de esto, pero también podrían ser una atroz premonición de la forma de las cosas por venir. El 11 de septiembre en Nueva York al menos indica las posibilidades. Durante la Guerra fría, el temor a la destrucción global por bombardeos atómicos, quizás apartó de las mentes de la mayoría de líderes y pensadores políticos otras amenazas globales más lentas –ambientales, demográficas, la desnutrición, las guerras internas, la pobreza endémica, etcétera–. Sin embargo, no debemos olvidar que en la posguerra han aparecido algunas buenas razones para el optimismo político en torno a los asuntos propios de los estados. El declinar del poder soviético por pura ineficiencia, la similar decadencia de los regímenes militares, al menos en el sur de Europa y Suramérica; y la disminución del despotismo en el país más grande del mundo: China. También, algunos signos de movimientos cívicos, aún en la sangrienta anarquía del África Subecuatorial, son algunos de tales indicadores. La nueva constitución de Sudáfrica es un excelente ejemplo de cómo el compromiso político, es posible en una situación aparentemente desesperanzada de opresión continua o de revolución destructiva. En general, el mito de la mayor eficacia, y el carácter invencible del poder de los estados totalitarios y autocráticos, ha sido destruido.

Sin embargo, la incompetencia colectiva de los estados democráticos para actuar conjuntamente, por medio de acuerdos políticos, de cara a problemas vitales comunes, ha sido también ampliamente demostrada. Considérese la respuesta inadecuada a la sangrienta confusión suscitada por la ruptura de la federación Yugoslava, la carencia de fortaleza en las resoluciones de las Naciones Unidas sobre Israel, sin contar el fracaso para lograr cooperación internacional efectiva en la prevención de la destrucción del medio ambiente planetario. Y esto sin tener en cuenta los problemas de cooperación planteados por la apresurada y poco realista ‘declaración de guerra’ contra el terrorismo del presidente Bush. Algunas veces hay que negociar políticamente aún con los terroristas, y siempre las causas y contextos particulares han de ser juzgados con cuidado. Tomemos también el caso de las armas nucleares: si bien la amenaza de una guerra mundial deliberada entre dos bloques felizmente ha desaparecido (aunque de manera algo fortuita), la capacidad de las llamadas grandes potencias, para prevenir ataques nucleares a regímenes menos estables, ha disminuido tanto que equivale casi a la impotencia.

Parte de esta impotencia surge, naturalmente, de la incapacidad o de la falta de voluntad de los líderes políticos en las democracias (una en particular) para educar y modificar la opinión pública (precisamente lo que Aristóteles temía en la 'democracia').

La invención, y luego la tradición de gobernar por medio del debate político entre ciudadanos, hunde sus raíces en las prácticas y en el pensamiento de la *polis* griega y la república romana. Así, puede decirse que la regulación política es 'occidental' o 'europa' en sus orígenes pero universal en su aplicación como ciencia natural. Pero, los orígenes de tan poderosos e influyentes tradiciones de actividad humana no dotan a los descendientes de sus progenitores con ninguna sabiduría especial, sino que a veces, genera en ellos un falso sentido de superioridad así como excesiva y peligrosa confianza en sí mismos. Las ideas generales, tanto del gobierno político como de las ciencias naturales y de las tecnologías concomitantes, no están ligadas a ninguna cultura en particular, se han expandido universalmente como productos poderosos y como logros afanosamente buscados de la modernización. Obviamente, los resultados varían de modo considerable en distintos escenarios culturales y en virtud de los accidentes y contingencias; sin embargo, hay más en común ahora, a causa de los procesos de interacción entre tales sociedades, que lo que hubo en el mundo pre-político, pre-científico e industrial. El mundo oriental puede producir, y casi con seguridad lo hará, variantes de la tradición 'democrática' o 'política' –como prefiero llamarla– de las cuales Occidente puede aprender, como en efecto ha sucedido en el campo de la tecnología. Pero, es justo decirlo, Occidente aún no se sostiene por sí sólo completamente. Así, el concepto de 'ciudadano' solamente se ha extendido a las mujeres recientemente. La plena equidad civil para las mujeres no se ha alcanzado, y las consecuencias de esto serán tan enormes en el futuro como oscuras en el presente. Mi elevada concepción de la política puede resultar sorprendente para aquellos ciudadanos que se han formado su idea de 'lo político' a partir de lo que leen en sus periódicos locales, acerca del comportamiento de los políticos en todos los aspectos de la vida. Ciertamente, uno debe preguntarse si esos políticos son los amigos o los enemigos del buen gobierno. Sin lugar a dudas, ellos son (para usar una de las expresiones favoritas de Hannah Arendt) descuidados (*thoughtless*) con relación a

las consecuencias, en términos del ejemplo público derivado de su forma de practicar la política, así como de su comportamiento personal, que es parte de la política.

HACE MÁS DE TREINTA años que escribí un libro titulado *En defensa de la Política*; ha continuado publicándose desde entonces y ha sido traducido a diversas lenguas incluyendo el español, el alemán y el japonés². Sin embargo, el libro recibió muy pocas reseñas de mis colegas académicos británicos. Ello no me abatió, porque yo había dirigido la obra al público lector inteligente y, ha sido catalogado, al menos por los editores (personas respetables y sensatas) como un 'clásico moderno'. Lo que sí me consterna es que en los últimos treinta años haya decaído tanto la publicación de libros serios de pensamiento político, a pesar de todos los problemas e inusitadas oportunidades de nuestro tiempo³. El pensamiento político coherente no puede ser abandonado por los líderes políticos, desvalorizado y con demasiada frecuencia reducido a consignas pronunciadas con sinceridad aprendida, pero sin ninguna justificación o fundamentación derivada de principios (casi en su totalidad) esgrimidos de manera fragmentaria y oportunista. La sinceridad sustituye a la argumentación y, cuando se discute la política aún entre la gente inteligente, el debate se lleva a cabo más en términos de personalidades que de principios, y apelando más al interés personal inmediato que a los beneficios mutuos o públicos a largo plazo. Sólo unos pocos columnistas y editorialistas de periódicos de calidad, mantienen la tradición, en otro tiempo corriente, del debate y la especulación pública abiertos, razonables e inteligentes.

Durante el mismo periodo de tiempo, la disciplina académica del pensamiento político ha prosperado como nunca antes: tanto la historia y contextualización de las ideas, como el análisis del significado e

2. La primera traducción española de mi libro *In Defence of Politics*, Weidenfeld, London, 1962; revised edition Penguin, 1964, fue *en defensa de la política*, Taurus, Madrid, 1968. Pero hay una traducción reciente bajo el mismo título de Tusquets, Barcelona, que incluye todos los cambios y adiciones ulteriores.

3. En justicia pienso que esta tendencia es menos marcada en los Estados Unidos que en Gran Bretaña, Alemania y Francia. Claro, en Estados Unidos hay mayor mercado que en Gran Bretaña: pero también hay más periodistas serios o escritores políticos no académicos que

implicaciones de conceptos de uso corriente tales como libertad, equidad, justicia, soberanía, nación, individualismo, comunidad, etc. Pero este avance ha sido casi en su totalidad internalizado. La mayoría de los escritos académicos sobre política y los problemas de la democracia pueden verse, en algunos casos, siendo generosos, como contribuciones al avance del conocimiento y a la reputación del autor así como a sus proyectos de promoción; pero muy pocos parecen interesados en la difusión de este conocimiento para el público (o si están interesados, pocos logran hacerlo). Fallas en ambos lados son evidentes: es demasiado fácil hacer una carrera escribiendo sobre política ('investigando' es ahora el término más usado aunque el producto se mantenga en la torre de marfil, desconocido para la prensa y el público lector. La ironía de este procedimiento para el estudio de la política escapa a la mayoría de los habitantes del castillo. Con frecuencia somos más bien como aquellos líderes estudiantiles de los años sesenta, que proclamaban su solidaridad con las clases trabajadoras y con el pueblo, en una terminología marxista inteligible sólo para aquellos que poseían un título en ciencias sociales en una universidad nueva. Pero, de otra parte, los medios de comunicación dan escasos pasos para descubrir y usar los productos académicos. En Gran Bretaña solamente, los expertos en estadísticas electorales son regularmente buscados. A los editorialistas les resulta extraña la idea de que exista una tradición de pensamiento y conocimiento político tan relevante para los problemas del mundo moderno como la teoría económica e históricamente más importante que ella. Las consideraciones políticas se asumen con mayor frecuencia como interferencias a los razonamientos económicos que a la viceversa.

La tesis de mi libro *En defensa de la política* era tan fácil que resultaba desafiante por su simplicidad. Hablaba de cargar de significado algunos lugares comunes ('platitudes'): la política es la conciliación de intereses naturalmente diferentes, bien sean vistos como intereses materiales o morales, aunque usualmente son ambas cosas. Yo escribí en el marco de la tradición aristotélica. Hay un pasaje famoso en la *Política* de Aristóteles en el que afirma que el gran error de su maestro Platón fue escribir sobre estados ideales para encontrar un único

cuentan con muchos mayores recursos para la 'investigación', o con estudiantes asistentes capaces de entresacar lo más relevante de la amplia pero en gran parte internalizada literatura académica.

principio de rectitud. Más bien,

Hay [un momento en que] la *polis*, por ser tan unitaria ya no será *polis*, o en que es todavía pero una *polis* inferior, casi dejando de ser *polis*, como si una sinfonía la convirtieran en homofonía, o el ritmo en un solo golpe. [La verdad es que la *polis* es un agregado de muchos miembros]⁴.

No todas las sociedades están organizadas y gobernadas de acuerdo con principios políticos. Históricamente, la mayoría de los gobiernos suprimen el debate público sobre la política y prefieren promover 'sujetos buenos' antes que ciudadanos buenos o activos. Sin embargo, no son solamente las llamadas ideologías políticas las que amenazan la actividad política libre, también pueden hacerlo el nacionalismo y la religión. Hay nacionalismos de nacionalismos y religiones de religiones; algunas veces razonablemente tolerantes, otras veces profundamente intolerantes. Aunque la política no se ve necesariamente amenazada por sólidas creencias religiosas, algunas veces, ni siquiera cuando hay una religión dominante, determinadas creencias y prácticas sofocan o amenazan la actividad política libre y la expresión abierta de puntos de vista contrarios. Pero algunos secularistas pueden ver la política como intrínsecamente perturbadora del orden social. "El país podría ser mejor conducido sin todos estos políticos". Y muchos deben simpatizar con el axioma del Dr. Joseph Goebbels: "Los políticos perpetúan los problemas, nosotros buscamos resolverlos".

Así, arguyo que el régimen político existió antes que el gobierno democrático y es, en un sentido muy real, lógicamente previo a la 'democracia', a menos que con tal término queramos decir de una manera más bien fatua 'todo aquello que queramos' en lugar de un componente del buen gobierno, un concepto de poder y opinión de la mayoría que no siempre es compatible con la libertad y los derechos individuales. Algunas dictaduras, por ejemplo, han sido, y pueden continuar siendo, genuinamente populares y bastante fuertes, al ser apoyadas por la mayoría. Tanto histórica como lógicamente, la política es anterior a la democracia. Podemos querer llenar la carreta de cosas buenas que todos quieren y sienten que necesitan, pero el caballo ha de ir adelante. Sin orden no puede haber democracia y, sin política,

4. ARISTÓTELES, *La política*, 1263b. Traducción de Manuel Briceño Jáuregui, S.J., Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1989.

aún la democracia difícilmente podrá ser justa. La regulación política es el tipo de orden más general justificable.

Por lo tanto, todavía apoyándonos en el viejo Aristóteles en contra de la excesiva sofisticación de la ciencia social moderna (a modo marxista o americano), podemos afirmar que la política descansa en dos precondiciones: una sociológica y otra moral. La sociológica es que todas las sociedades civilizadas son complejas e inherentemente plurales, aun cuando las injusticias de clase, las discriminaciones étnicas y de género desaparezcan o disminuyan. El aspecto moral es que es normalmente mejor conciliar los distintos intereses que ejercer coerción y oprimirlos a perpetuidad, o que intentar eliminarlos sin algún tipo de consentimiento o compensación. En tanto que buena parte del comportamiento político es prudencial, siempre existe un contexto moral: pensamos que es errado realizar algunos compromisos y consideramos algunas formas posibles de coerción, o incluso de defensa, demasiado crueles, desproporcionadas o simplemente inciertas. Un primer ataque nuclear, aún contra un poder no nuclear no puede denominarse razonablemente un comportamiento político –aunque sea contra Bagdad–. Hannah Arendt fue más sabia que Clausewitz y el Dr. Kissinger, al afirmar que la violencia es la descomposición de la política no su “continuación por otros medios” (en el célebre aforismo de Clausewitz).

En consecuencia, fue muy fácil para mí argumentar que, siempre es mejor ser gobernado políticamente, si cabe la elección. La tesis no parecía tan banal o simple en ese momento porque se mantenía un permanente contraste, en algunos pasajes explícito, pero implícito en todo el libro, entre la regulación política y la totalitaria. Lo simple podía parecer entonces profundo e importante. Pero con la caída del poder soviético y toda la presión hacia un sistema binario, el mundo entero se ha tornado más complicado, y las contradicciones previamente existentes en el así llamado ‘mundo libre’ han emergido a la superficie y se han hecho más agudas. (No me satisface el término ‘mundo libre’, porque tal concepto, como ‘nuestro modo democrático’, elude demasiadas preguntas, incluye demasiados supuestos, en un concepto bastante complejo cuyos componentes tienen que separarse y probarse con cuidado y además es con demasiada frecuencia autolegitimado y

usado de forma propagandística; prefiero decir aquellas partes del mundo que son gobernadas políticamente. Pero el concepto de política ciertamente implica libertad y su práctica generalizada depende de ella).

Así como el orden totalitario y la ideología pueden quebrarse internamente, lo mismo puede sucederle al orden político; y la prudencia política puede probar ser inadecuada. Le dí poca importancia a estas situaciones en *En defensa de la política*. Desde entonces he estudiado en libros, documentos y periódicos así como hablando con la gente en el terreno, los conflictos de Irlanda del Norte, Sudáfrica e Israel-Palestina, volviendo, lo que inicialmente fueron encuentros fortuitos, compromisos deliberados. Cada uno de los conflictos es bien diferente en los detalles, pero comparten un problema común. Por eso los usaré simbólicamente como *ejemplos* del problema general de adecuación de la 'mera política' en situaciones en las que gente que goza al menos de cierta tradición política, rechaza cualquier compromiso porque siente que su identidad está en juego si hace cualquier concesión. La gente está convencida de estar a punto de 'ir demasiado lejos' si sus líderes siquiera hablan con sus enemigos y que entonces puede 'caer desde una altura considerable'.

La justificación de la política en términos de la negación del totalitarismo resultaba elemental. Lo mundano podía tornarse melodramático por vía del contraste. La 'derrota' de la URSS y la victoria de Occidente parecía implicar también el rechazo y luego la muerte de la ideología. Yo no entendí la ideología como un conjunto de ideas específicas acerca de asuntos particulares (por ejemplo creencias o doctrinas) sino como pretensiones seculares de una explicación y una política comprensivas. Las viejas autocracias, a pesar de haber sido fanáticas, sanguinarias y crueles tenían aspiraciones limitadas – usualmente sólo conservar el poder para las clases dominantes y así, los perros dormidos podían descansar si pagaban los impuestos y se quitaban el sombrero—. Pero, algunas autocracias modernas se ganaron el nuevo nombre porque vieron la necesidad de movilizar a las masas, hacer ladrar e incluso cantar al unísono a los perros dormidos, es decir, intentaron alcanzar los objetivos revolucionarios de una ideología. Sin embargo, la ideología *no* desapareció con la caída del poder comunista y sus pretensiones universalistas. La prudencia política y el pragmatismo no asumieron el control. Más bien, emergió la rápida y arrasadora

creencia de que las fuerzas del mercado más o menos libre de restricciones resolverían todos los grandes problemas a escala global; o, en todo caso, que a ellas no era posible resistirse. Si Adam Smith fue leído, lo fue sin incluir su filosofía moral que constituía el contexto explícito para el trabajo benéfico del mercado.

Hannah Arendt en su excelente libro *La condición humana*, anota que sólo han existido dos tipos de ideologías comprensivas con pretensión de poseer la llave de la historia: la creencia en que todo está determinado por la *raza* y la creencia en que todo está determinado por la *economía*. Ambos, el racismo y el economicismo son, debemos recordarlo, creencias específicamente modernas: antes del final del siglo XVIII el mundo funcionaba sin tan enormes pretensiones seculares, y ni siquiera las religiones pretendían explicarlo todo. Arendt puntualiza que la ideología económica adoptó dos formas rivales, y sin embargo su creencia en que debía haber un *sistema general* tenía un origen común y las vinculaba de forma mucho más estrecha de lo que pensaban sus respectivos discípulos: el *marxismo* (todo es propiedad de clase) y el *laissez-faire* (todo es la fuerza del mercado). Los misioneros y abogados de la ideología del mercado en el antiguo bloque soviético ahora denuncian la intervención política en la economía casi tan fieramente como lo hacían los viejos totalitarios, aunque afortunadamente ellos aún están sometidos a ciertas restricciones políticas y a algunos restos de inhibiciones culturales. En la política de partido actual en mi país, mis amigos correctamente se alinean en contra de los excesos de privatización, la disminución del bienestar social a cargo del estado y el ataque del gobierno al concepto de *res publica* o interés público. Los gobiernos pueden buscar tomar distancia de toda responsabilidad en la conducción de la mano invisible de Adam Smith mediante el cual el libre mercado se convierte en el interés general (se pueden añadir o restar los aceites o emolientes de la caridad privada y los rituales de la benevolencia religiosa, pensando en el verdadero Adam Smith). Pero, en una perspectiva más amplia, el grado de restricción política entre los hijos de Hayek –Reagans y Tatchers– es también notable. Ellos nos han hecho, para bien o para mal, mucho menos de lo que saben que debían haber hecho; y esto es debido a ‘factores irracionales de la política’, ¡bendito sea dios!.

Los precios no pueden determinarse de una manera sensata salvo mediante los mecanismos del mercado; el derrumbe final de la planeación soviética probó esto, sin importar cuán útil fue para un período de emergencia. Y el capitalismo es un sistema internacional cuyos imperativos pueden ser ignorados sólo a un peligroso costo – por ejemplo Corea del Norte y Cuba, o por azar, mientras dure, el petróleo en la arena– pero de ello no se sigue que el precio haya de determinar toda relación humana, y la que menos, la cívica. Los efectos del mercado pueden ser limitados o mitigados mediante la acción cívica, y algunos deberían serlo. *El hombre es tanto ciudadano como consumidor*. Ahí están por ejemplo los impuestos; existe o existió una moralidad pública y familiar, fuertes restricciones culturales al ejercicio del poder político y económico. Nuevas líneas de demarcación e influencia mutua entre lo político y lo económico necesitan ser examinadas de cerca, y sin apasionamiento. Si las personas se perciben a sí mismas sólo como consumidoras, perderán todo control real sobre el gobierno. Los gobiernos gobernarán mediante pan y circo, si no por la fuerza; y torrentes de alternativas triviales harán que elecciones con frecuencia arbitrarias y carentes de sentido se tomen por libertad efectiva. Para toda la retórica absolutista, en la realidad al menos reina un grado de confusión que es bienvenido. Solamente las dos posiciones extremas de Todo-Estado o Todo-Mercado son insostenibles; pero hay bastante espacio entre ellas. Los factores y principios económicos y políticos están en permanente interacción, se limitan mutuamente; pero los unos no pueden vivir largo tiempo sin los otros.

Naturalmente, siempre fue tonto pensar a la luz de la historia que el final de la Guerra Fría (un suceso bastante repentino que ni los profetas ni los científicos sociales esperaban –una saludable advertencia para todos los profetas disfrazados de científicos sociales–) llevaría por sí mismo a la paz, la prosperidad y la libertad. Además, la nueva democracia que ha emergido se parece más a la que Schumpeter entendía en términos de una competitiva batalla electoral entre las élites partidistas (en su obra *Capitalismo, socialismo y democracia*, 1942) que al viejo ideal republicano en el que habitantes y sujetos debían convertirse en ciudadanos activos, participativos y críticos.

Consideren, a manera de contraste con las mejores prácticas democráticas de la actualidad, un pasaje que constituía un preocupante conocimiento para los autócratas y las élites europeas, así como una fuente de inspiración para sus oponentes, especialmente para los padres fundadores de la República Americana. Érase una vez cuando la oración de Pericles (s.V a.C) era leída en Atenas por casi todos aquellos que leían.

Tenemos una constitución [en la cual] la administración del Estado no está en manos de pocos, mas del pueblo, y por ello democracia es su nombre. En los asuntos privados todos tienen ante la ley iguales garantías; y es el prestigio particular de cada uno, no su adscripción a una clase, sino su mérito personal, lo que le permite el acceso a las magistraturas; como tampoco la pobreza de nadie, si es capaz de prestar un servicio a la patria, ni su oscura condición social, son para él obstáculo. La libertad es nuestra pauta de gobierno en la vida pública, y en nuestras relaciones cotidianas no caben los recelos, ni nos es ofensivo que quieran vivir nuestros vecinos del modo que les plazca, sin que se dibuje en nuestro rostro aire alguno de reproche que, sin constituir un castigo, no deja de ser vejatorio.

Y mientras vivimos nuestra vida privada sin ser molestados por nadie, nos guardamos muy mucho, por el respeto que nos merecen, de transgredir las disposiciones del Estado, obedientes en todo momento a las autoridades y a las leyes...

Nuestros ciudadanos sienten el mismo interés por sus asuntos propios y por la política; e incluso aquellos que atienden exclusivamente a sus negocios disponen de suficiente información de los asuntos del Estado. Y es que somos el único país que considera al que no participa en la vida en común, no un ocioso, sino un inútil. Nosotros, personalmente, decidimos o discutimos con sumo cuidado los asuntos del Estado, en nuestra creencia de que las palabras no pueden ser obstáculo para la acción y que sí lo es no haberse informado cumplidamente previo al diálogo, antes de ir a la ejecución de un plan trazado⁵.

5. TUCÍDIDES, *historia de la Guerra del peloponeso*, Libro II, Traducción de José Alsina, Guadarrama, Madrid, 1976, pp. 71 y 73. (*The peloponesian War*, Penguin, London, 1954, pp. 117-118).

Los historiadores afirman ahora, obviamente, que Pericles debe entenderse como un demagogo, una especie de dictador democrático. Pero el punto, para nosotros, es lo que el demagogo pensaba que tenía que decir, el ideal perdurable que él invocaba, lo que él sabía que la gente realmente quería, no lo que él había realizado ni los motivos cínicos que se escondían tras el título de lo que decía.